



DEJAR DE SER PARA SER

Es terrible pensar en la cantidad de años que se necesitan en España para llegar a ser joven. Años, y esfuerzos, y sinsabores. Y experiencias. Un gran parte de los españoles se quedan en el camino sin llegar nunca a alcanzar la juventud: se quedan en la vejez, en la senectud de los primeros años de su vida. Diríamos que aquí se empieza a nacer cuando ya se es bastante mayor. Las mujeres hablan de sus coetáneas llamándolas "niñas" y de sus adultos y a veces doctores pretendientes diciendo "ese chico". Para que a alguien se le llame "el joven escritor" o el "joven pintor" debe haber pasado la cuarentena. Por ejemplo, Joaquín Ruiz Giménez, ha necesitado tener once hijos y ocho nietos, haber estado preso y haber sido ministro para comenzar, ahora, un intento de juventud intelectual y política: todavía no se puede estar seguro de que lo conseguirá. Después de haber sido ministro de Educación Nacional tuvo que matricularse como estudiante de primero en la Escuela Oficial de Periodismo. (Son datos que recojo de las declaraciones que hace a la revista "Gentleman".)

No es un caso típico. Lo es más don José María Gil Robles, a quien leo en la misma revista. Le molesta el continuismo, pide cambios, pide una "democracia auténtica". Como si rectificase errores de cuando era viejo, en los años treinta. Porque Gil Robles, algunos lo recordarán, era viejísimo cuando era joven. Cuando presidía las viejísimas Juventudes de Acción Popular. Es curioso que pasen estas cosas en España. En otros países, a esas edades el ciudadano se asienta en el conservadurismo, y se le pone la calva de punta cuando oye pedir cambios políticos o estructurales. Aquí son los ancianos los que lo piden. Cabe preguntarse si no esta-

rán en realidad obedeciendo a la antiquísima máxima política: "Es preciso que todo cambie para que todo siga igual". Probablemente, el ejemplo más típico, más español, de la juventud alcanzada en la vejez es (y, desde luego, no comparo) el de don José María Pemán (leo sus declaraciones a "Pueblo", leo sus artículos, espero su libro). Diríamos que es travieso, revoltoso. ¿Cuántos años le ha costado? ¿Cuántas cargas pesadimas ha tenido que quitarse de encima o lo ha quitado de encima la vida, incluso contra su voluntad, para que haya podido ser joven?

Porque quizá lo que ocurra es que el español siempre tiene que ahogar al joven que lleva dentro, acallarlo, reprimirlo. Ser joven, aquí, es estar sobrecargado de vigilancias, de sospechas. Hasta de estadísticas penales. Ser joven resulta una cosa muy seria y, a veces, dramática. Para responder a la presión de la sociedad, el joven tiene casi siempre que guardarse su juventud en el bolsillo, con la esperanza de esgrimirla algún día. Decía Napoleón que sus soldados llevaban en la mochila el bastón de mariscal. Como se sabe —o como no se sabe— no era más que una atroz metáfora para llevarlos a la guerra: murieron a millones en las campañas y el bastón de mariscal, invisible, se enterró con ellos en las nieves de Rusia o en el desierto egipcio. Todo español tal vez lleve en su cartera de estudiante o en su bolsa de obrero la imagen del joven que es. Pero no podrá ser de verdad joven si antes no ha sido ministro, o si no ha sido gloria nacional. Y, sobre todo, si no ha dejado de ser algo, si no ha sido previamente viejo y tenido como tal, y ha dejado de serlo...

Pero quizá, entonces, sea ya demasiado tarde...

filosófico, recuerda los tiempos de persecuciones perezjimenistas. Da verdadero pánico y nos mete de lleno en los más altos niveles del terror y de la violencia. ¿Por qué, entonces, la vuelta del perezjimenismo? ¿Cómo puede un pueblo desembarazarse de un dictador, para otorgarle, diez años más tarde, como ocurrió en las elecciones del 68, un buen número de votos?

Ahora, en los prolegómenos electorales del 73, el tema de perezjimenismo ha vuelto a la actualidad. La campaña de sus partidarios es firme y ostentosa. En cualquier rincón de Venezuela puede leerse una invitación a votar por la Cruzada Cívica Nacional, con la cabeza del viejo dictador junto a la de un indio, emblema de la Cruzada. Los partidos, por su lado, parecen atentos a las vacilaciones del ex general para intentar arrebatarle sus seguidores. Toda la prensa, en fin, ha dedicado amplio espacio a los viajes de Pedro Tinoco, el desarrollista —su «slogan»: «Aquí, lo que hace falta es autoridad», y del general García Villasmil —el «general del pueblo», según su campaña— a Madrid para reunirse con Pérez Jiménez en busca de una unidad entre los grupos de extrema derecha. Cuando escribo esta crónica, la confusión en torno a este punto es manifiesta. Pareció por un momento que la solución era doña Flor, la esposa de Pérez Jiménez. Los anuncios —con clara reminiscencia de las elecciones argentinas que ganó Héctor Cámpora— decían: «Doña Flor, a la Presidencia; Marcos Pérez Jiménez, al poder». Luego los dirigentes perezjimenistas aseguraron que esa había sido una maniobra estratégica para mantener unidos a los votantes hasta la formulación de la candidatura definitiva, toda vez que la del ex dictador no puede postularse. De Madrid llegó una última declaración diciendo que Pérez Jiménez aconsejaba el voto nulo. ¿Qué hacer, entonces, con esa nutrida invitación a votar por la Cruzada? ¿En qué opereta encuadrar los viajes a Madrid de los hombres de la derecha venezolana y el anuncio de inminentes acuerdos? Quizá el pleito no está acabado y antes del 9 de diciembre Pérez Jiménez diga a quién han de votar sus seguidores.

Acaso —y de esto me habló también José Vicente en la entrevista— sea necesario separar a Pérez Jiménez del perezjimenismo. El primero es, sobre todo para la burguesía liberal, para los intelectuales y militantes de izquierda, el rostro de la represión y del fascismo. El segundo, a nivel de las clases populares, es el recuerdo de un tiempo en el que se realizaron obras públicas, aumentaron los puestos de trabajo, mejoró el nivel material de vida en algunos sectores. ¿Qué importaba la ausencia de libertades políticas? ¿Para

qué las quiere quien no puede comer? La mayor parte de los perezjimenistas ni echaron de menos esas libertades ni, salvo el hecho de votar, las disfrutaron ahora. De ahí que en el perezjimenismo militen una serie de fuerzas a las que difícilmente podríamos calificar de fascistas. Algunas lo son, pero otras podrían, por ejemplo, ser ganadas por el socialismo. Lo que implica la delicadeza con que manejan el perezjimenismo muchos que no respetan la figura de Pérez Jiménez.

El fenómeno podría compararse con el de Rojas Pinilla en Colombia, cuyo populismo le granjeó la adhesión de ciertos sectores humildes, que lo tomaron por un hombre capaz de enfrentarse a los clásicos partidos de la burguesía.

En Caracas, la vuelta de Pérez Jiménez parece imposible, aun cuando se tome muy en serio el valor del perezjimenismo como realidad política.

¿Quién vencerá?

La riqueza petrolera confiere a Venezuela un papel especial. USA necesita ese petróleo, y es casi inimaginable la estabilidad de un régimen de izquierda, a la vista de lo que está ocurriendo en Latinoamérica. En todo caso, esa victoria de la izquierda en las urnas es poco menos que imposible. La izquierda anda dividida en tres bloques: MAS-MIR, Nueva Fuerza y los que optarán por el voto nulo como negación del sistema. La batalla parece entablada entre COPEI y la AD, que representan, con sus matices propios, a la burguesía venezolana. Cualquiera de estos dos partidos debe ganar, dejando al MAS-MIR en tercer puesto. El pronóstico es tan firme al respecto, que he oído decir a más de un socialista que votará por COPEI para contribuir a que los «adecos» no vuelvan al poder.

Candidatos como Jovito Villalba, Burelli o Segnini de la Cruz —el número de candidatos rebasa la decena— no tienen ninguna posibilidad. Como tampoco la tiene Paz Gallarraga, pese a los discursos en los que se ve ya en el Palacio Presidencial de Miraflores.

Américo Montero, actor, protagonista de «El siervo de Dios» en cine, radio y televisión, es el que, por ahora, ha ido más lejos en la profecía sobre lo que sucederá el 9 de diciembre. Mientras las encuestas hablan de una pugna entre COPEI y AD, que resolverán los votos aún indecisos, Américo Montero señala que una revelación divina le permite afirmar que Lorenzo Fernández tendrá dos millones de votos más que su rival inmediato. Y es que, a fin de cuentas, Lorenzo es el candidato de la Democracia Cristiana. ■ J. M. Caracas, octubre de 1973.

POZUELO